

RECURSOS INHUMANOS

Pierre Lemaitre

1.

Nunca he sido un hombre violento. No me viene a la memoria ningún momento en el que haya querido matar a nadie. Sí que he tenido ataques de ira de vez en cuando, pero nunca la voluntad real de hacer daño. De destruir. Así que, claro, estoy sorprendido. La violencia es como el alcohol o el sexo: no se trata de un fenómeno, es un proceso. Entramos en ellos casi sin notarlos, simplemente porque estamos maduros, porque nos llegan en el momento justo. Me daba perfecta cuenta de que estaba enfadado, pero nunca habría imaginado que aquello se transformaría en furia despiadada. Y es eso lo que me da miedo.

Y que todo esto lo haya pagado Mehmet...

Mehmet Pehlivan.

Es turco.

Lleva en Francia diez años, pero tiene menos vocabulario que un niño de esa edad. Solo conoce dos maneras de expresarse: o se cabrea o pone cara de cabreo. Y cuando se cabrea, mezcla el francés con el turco. Entonces nadie le entiende, pero a todo el mundo le queda claro lo que piensa de nosotros. En Mensajerías Farmacéuticas, donde trabajo, Mehmet es «supervisor», y siguiendo un comportamiento vagamente darwiniano, cuando asciende pasa de inmediato a despreciar a sus antiguos compañeros y a considerarlos meras lombrices. Me he encontrado muchas veces con eso en mi carrera, y no solo entre trabajadores inmigrantes. Lo he visto en mucha gente que venía de abajo, de hecho. En cuanto progresan, se identifican con sus superiores con una convicción tal que los superiores no se atreverían a soñar. Es el síndrome de Estocolmo aplicado al mundo del trabajo. Pero, cuidado, no es que Mehmet se crea el jefe, más bien lo reencarna. Es el jefe cuando el jefe desaparece. Resulta evidente que aquí, en una empresa que debe de contar con cerca de doscientos asalariados, no hay un patrón propiamente dicho, solo jefes. Pero Mehmet se siente demasiado importante como para identificarse con un simple jefe. Él se identifica con una especie de abstracción, un concepto superior al que llama «la Dirección», algo vacío de contenido (nadie conoce aquí a los directores) pero rebosante de sentido: la Dirección es como decir el Camino, la Vía. A su manera, ascendiendo por la escala de la responsabilidad, Mehmet se acerca a Dios.

Empiezo a trabajar a las cinco de la mañana en lo que llaman un miniempleo (aunque utilizan la palabra «empleo», hay que añadir el «mini» por el salario). La tarea consiste en seleccionar las cajas de medicinas que se distribuyen después por las farmacias del extrarradio. Yo no estaba allí para verlo, pero parece ser que Mehmet hizo este trabajo durante ocho años antes de convertirse en «supervisor». Hoy se enorgullece de tener bajo sus órdenes a tres lombrices, lo que no es poca cosa.

La primera lombriz se llama Charles. Curioso nombre para un hombre sin techo. Tiene un año menos que yo, es delgado como un fideo y bebe como un cosaco. Lo de sin techo es por simplificar, porque de hecho sí tiene techo. Y completamente cubierto.

Vive en su coche, que lleva cinco años sin moverse. Él lo llama su «inmóvil home». A Charles le gustan este tipo de chistes. Lleva un reloj sumergible del tamaño de un plato con un montón de esferas y un brazalete verde fosforito. No tengo ni idea de dónde viene ni de qué le ha llevado a esa situación extrema, pero Charles tiene su lado curioso. Por ejemplo, no sabe cuánto tiempo estuvo inscrito en las listas de espera para obtener un piso de protección oficial, pero calcula con precisión el que ha pasado desde que renunció a renovar su solicitud. En el último recuento, cinco años, siete meses y diecisiete días. Lo que calcula Charles es el tiempo que ha pasado desde que perdió la esperanza de ser realojado. «La esperanza —dice levantando el índice— es una abyección inventada por Lucifer para que los hombres acepten su condición con paciencia». La frase no es suya, yo ya la había oído en otra parte. He buscado la cita, pero no la he encontrado. De todas formas, eso demuestra que, a pesar de esa pinta de borracho, Charles tiene cultura.

La otra lombriz es un chaval, Romain, un chico de Narbona. Como gozaba de cierto éxito en el club de teatro de su instituto, soñaba con convertirse en actor, y al terminar el bachillerato se vino a París, pero nunca consiguió papel alguno porque arrastra las erres como D'Artagnan. Y como Enrique IV. Con ese tono ronco me recita: «Partimos quinientos, más con pronto refuerzos...», y todo el mundo se parte de risa. Fue a clases para corregirlo, pero sin resultado alguno. Fue encadenando pequeños trabajos que le permitían presentarse a todos esos castings en los que jamás le escogían. Un día comprendió que sus sueños no se harían nunca realidad. Romain, el actor de cine, estaba acabado. Y además, la ciudad más grande que conocía era Narbona. París le apabulló, terminó pronto con él. Llegaron entonces las nostalgias infantiles y las añoranzas regionalistas. Pero no quería volver a casa con las manos vacías, así que intenta ahorrar unas perras y el único papel con el que sueña todavía es el del hijo pródigo. Para ello acumula todos los trabajillos que puede encontrar. Con vocación de hormiguita. Las horas que le quedan las pasa en Second Life, MSN, MySpace, Twitter, Facebook y un montón de redes sociales más. Lugares, supongo, donde no pueden apreciar su dicción. Según Charles, se le da muy bien la informática.

Trabajo tres horas todas las mañanas y gano quinientos ochenta y cinco euros brutos (cuando hablamos de un pequeño salario, hay que añadir siempre la palabra bruto, por lo de los impuestos). Vuelvo a casa hacia las nueve. Si Nicole sale con retraso, puede que nos crucemos. Cuando sucede, me dice: «Llego tarde», y me besa en la nariz antes de cerrar la puerta por fuera.

Bien, pues esa mañana Mehmet estaba furioso. Parecía bajo presión. Supuse que tenía problemas con su mujer. No paraba de dar vueltas, como a sacudidas, de un lado a otro del muelle en el que se colocan los paquetes y las cajas. Tenía su lista agarrada tan fuerte que sus articulaciones estaban blancas. Se notaba que sobre ese tipo pesaba una responsabilidad enorme y que sus problemas personales eran inoportunos. Llegué puntual, pero en cuanto me vio empezó a aullar toda una serie de borborismos. Para él, ser puntual no es prueba suficiente de motivación. Él llega por lo menos con una hora de antelación. Sus berridos no eran del todo inteligibles, pero pude comprender lo esencial. En resumidas cuentas: para él yo no era más que un gilipollas.

Por mucho que Mehmet haga de ello una cuestión de vida o muerte, el trabajo en sí no es muy complicado. Se clasifican los paquetes y se introducen en cajas que luego se colocan en palés. Normalmente los paquetes llevan impreso en grande el código de la farmacia, pero a veces, no sé por qué, el número no está. Romain dice que debe de

haber una impresora mal configurada. En ese caso, hay que leer el código en una larga serie de minúsculas cifras impresas en una etiqueta. Solo los caracteres undécimo, duodécimo y decimotercero. No puedo leerlos sin gafas y eso para mí es un lío. Tengo que sacarlas del bolsillo, ponérmelas, contar los números... Y pierdo tiempo. Si me vieran hacerlo, la Dirección se enfadaría. Y precisamente esa mañana, el primer paquete que agarré no tenía código. Mehmet se puso a gritar. Me agaché, y en ese momento me dio una patada en el culo.

Eran poco más de las cinco de la mañana.

Me llamo Alain Delambre y tengo cincuenta y siete años.

Soy un directivo en paro.

2.

Al principio, acepté este trabajo en Mensajerías Farmacéuticas para pasar el tiempo. Al menos eso fue lo que le dije a Nicole, pero ni ella ni mis hijas me creyeron. A mi edad, uno no se levanta a las cuatro de la mañana para ganar un cuarenta y cinco por ciento del salario mínimo simplemente para que no se le queden rígidas las articulaciones. La historia es complicada. Bueno, no tanto. Al principio no necesitaba ese salario, ahora sí.

Llevo cuatro años en paro. Hará cuatro años en mayo (el 24 de mayo, me acuerdo bien de la fecha).

Como este empleo no basta para llegar a fin de mes, adonde llegamos a veces bastante apurados, me dedico a otras cosillas aquí y allá. Transportar cajas, embalar con plástico de burbujas, repartir publicidad... También algunos trabajos de temporada. Hace dos años que hago de Papá Noel en Trouv'tout, un supermercado especializado en electrodomésticos de ocasión. No siempre le cuento a Nicole lo que hago, porque le dolería. Multiplico las excusas para justificar mis ausencias. Como es más difícil cuando se trata de un trabajo nocturno, me he sacado de la nada una pandilla de amigos en paro con los que se supone que me reúno para jugar a las cartas. A Nicole le digo que necesito relajarme.

Antes era director de recursos humanos en una empresa de casi doscientos empleados. Era responsable del personal, de la formación, controlaba los salarios y representaba a la dirección ante el comité de empresa. Trabajaba en Bercaud, una empresa de bisutería. Diecisiete años viviendo de perlas. A la gente le gustaba gastar esa broma. Decían: «En Bercaud se vive de perlas». Había un montón de bromas muy divertidas sobre las perlas, las joyas de la familia, etcétera. Humor corporativista, si me permiten la expresión. El asunto dejó de tener gracia en marzo, cuando nos anunciaron que Bercaud había sido comprada por una compañía belga. Podría haberle disputado el puesto al director de recursos humanos del grupo belga, pero en cuanto me enteré de que tenía treinta y ocho años comencé mentalmente a recoger mis cosas. Digo «mentalmente» porque en el fondo tengo claro que no estaba listo en absoluto para hacerlo materialmente. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que me viera obligado a hacerlo a la fuerza. La fusión se anunció el 4 de marzo. La primera ronda de despidos tuvo lugar seis semanas más tarde, y yo formé parte de la segunda.

En cuatro años, a medida que mis ingresos se volatilizaban, mi estado de ánimo pasó de la incredulidad a la duda, después a la culpabilidad y, por fin, a una sensación de

injusticia. Hoy lo que siento es cólera. No es un sentimiento muy positivo la cólera. Cuando llego a Mensajerías Farmacéuticas y me enfrento a las tupidas cejas de Mehmet, a la silueta larga e inestable de Charles, y pienso en todo lo que he tenido que pasar para llegar aquí, crece dentro de mí una cólera terrible. Solo falta que encima piense en los años que me esperan, en el porcentaje de cotización que voy a perder, en la bajada de mi pensión, en el abatimiento que a veces nos inunda a Nicole y a mí. No debo darle vueltas a todo eso porque, a pesar de mi ciática, se me pone un humor de terrorista.

Hace cuatro años que nos conocemos, de modo que, forzosamente, considero a mi consejero de la oficina del paro uno de mis allegados. Hace poco me dijo, con cierta admiración, que yo era un ejemplo. Lo que quiere decir en realidad es que he renunciado a la idea de encontrar trabajo pero no he renunciado a buscarlo. Cree ver en eso una señal de fortaleza de carácter. No quiero desilusionarle, tiene treinta y siete años y debe conservar sus sueños el mayor tiempo posible. Pero lo cierto es que se trata más bien de un reflejo animal. Buscar trabajo es como trabajar, lo que he hecho toda mi vida; está incrustado en mi sistema neurovegetativo, hay algo que me empuja a ello por necesidad, pero sin motivación. Busco trabajo como un perro olisquea una farola. No tengo ilusión, pero es más fuerte que yo.

Por eso respondí a un anuncio hace unos días. Una consultoría busca a un asistente de recursos humanos para una gran empresa. El trabajo incluye participar en la contratación del personal directivo, establecer los perfiles del puesto, dirigir las evaluaciones e interpretar los resultados de las pruebas, tomar parte en la confección del balance social, etcétera, exactamente lo que sé hacer, lo que he hecho durante años en Bercaud. «Polivalente, metódico, riguroso, deberá poseer grandes cualidades para las relaciones sociales.» Clavado a mi perfil profesional.

Cuando leí el anuncio, reuní todas mis fotocopias y envié mi currículum. Pero, claro, el anuncio no precisaba si estaban dispuestos a contratar a un tipo de mi edad.

Porque la respuesta era evidente: no.

A pesar de ello, me presenté. Me pregunto si no fue para continuar mereciendo la admiración de mi consejero en la oficina de empleo.

Cuando Mehmet me dio la patada en el culo, lancé un grito y todo el mundo se volvió. Romain en primer lugar, Charles con mucha más dificultad, porque cuando llega por la mañana ya se ha echado una buena cantidad de vino blanco al colete. Me incorporé de un salto. Como un jovencito. Ahí fue cuando me di cuenta de que sacaba a Mehmet casi una cabeza. Hasta entonces, como era el jefe, no había prestado atención a su altura. El propio Mehmet no podía creerse que me hubiese dado una patada en el culo. Su cólera parecía haberse esfumado por completo, vi cómo sus labios temblaban, parpadeaba e intentaba decir algo, no sé en qué idioma. En ese momento hice algo que no había hecho en mi vida: incliné la cabeza hacia atrás, muy lentamente, como si admirara la bóveda de la Capilla Sixtina, y la impulsé hacia delante con violencia, como había visto hacer en la tele. Un cabezazo, vamos. Charles, al ser un sin techo, recibe palizas constantes y conoce bien el tema. «Muy buena técnica», me dijo. Parece ser que estuvo muy bien para ser la primera vez. Mi frente le reventó la nariz a Mehmet. Antes de sentir el golpe en mi cráneo, oí un siniestro crujido. Mehmet gritó (esta vez en turco, estoy seguro de ello), pero la verdad es que no pude aprovechar mi

ventaja, porque se llevó de inmediato las manos a la cabeza y cayó de rodillas. Naturalmente, en una película habría cogido un poco de impulso y le habría dado una buena patada en la boca, pero me dolía tanto el cráneo que yo también me llevé las manos a la cabeza y caí de rodillas. Nos quedamos arrodillados los dos, frente a frente, la cabeza entre las manos, mirando al suelo. Tragedia en el universo laboral. Un lienzo magnífico.

Romain corrió hacia nosotros, no sabía a quién dirigirse. Mehmet chorreaba sangre. Los del servicio de emergencias tardaron unos minutos en llegar. Nos tomaron declaración. Romain me dijo que había visto a Mehmet darme la patada, que declararía como testigo y que no me preocupara. No dije nada, pero mi experiencia me hizo pensar que la cosa no sería tan sencilla. Me entraron ganas de vomitar y me fui al baño. No me sirvió de nada.

Bueno, de algo sí: en el espejo vi que tenía un corte y un extenso hematoma en la frente. Estaba lívido, extraviado. Daba pena. Por un momento tuve la impresión de que empezaba a parecerme a Charles.

3.

—Pero... ¿qué te ha pasado? —preguntó Nicole tocando el enorme hematoma en mi frente.

No respondí. Le tendí la carta con una fingida indiferencia, y después me fui a mi despacho e hice como que buscaba algo en los cajones. Se quedó mirando la carta un largo instante: «En respuesta a su correo, tengo el placer de informarle de que su candidatura al puesto de asistente de recursos humanos ha sido tenida en consideración. Recibirá en breve plazo una convocatoria para realizar un test profesional que, si resulta concluyente, dará paso a una entrevista».

Por el tiempo que le tomó, creo que la leyó varias veces. Todavía llevaba el abrigo sobre la espalda cuando la vi avanzar hasta el umbral de mi despacho y apoyar el hombro en el marco de la puerta. Sostuvo la carta en la mano mientras inclinaba la cabeza hacia la derecha. Es uno de sus gestos habituales y con mucho uno de mis favoritos, junto a otros dos o tres. Se diría que lo sabe. Cuando la veo en esa postura, tengo más que nunca la sensación de que esa mujer está tocada por los dioses. Muestra un aire indolente, dócil, no sé cómo explicarlo, una lentitud extraordinariamente sexual. Sostenía la carta en la mano y me miraba fijamente. Me pareció muy hermosa, o muy deseable. Vamos, que sentí unas ganas furiosas de tirármela. El sexo ha sido siempre para mí un poderoso antidepresivo.

Al principio, cuando todavía no veía el paro como una fatalidad sino solo como una calamidad, me notaba excitado y saltaba a todas horas sobre Nicole. En la habitación, en el cuarto de baño, en el pasillo. Nicole nunca dijo no. Tiene mucha psicología, comprendía que era mi forma de comprobar que todavía estaba vivo. Después, la excitación se convirtió en angustia y el primer efecto visible de ese cambio fue que me hice prácticamente impotente. Nuestras relaciones sexuales se volvieron escasas, difíciles. Nicole demostró tacto y paciencia, lo que me hizo aún más infeliz. Nuestro barómetro sexual está completamente desquiciado. Fingimos no darnos cuenta o creer que no tiene importancia. Sé que Nicole me sigue queriendo, pero nuestra vida se ha vuelto mucho más difícil y no puedo evitar pensar que esto no podrá durar eternamente.

Pero, por ahora, sostiene la carta de BLC-Consulting en la mano:

—¡Cariño, qué maravilla!

Me digo que tengo que buscar al autor de la cita de Charles sobre Lucifer y la esperanza. Porque Nicole tenía razón. Una carta como aquella se salía de lo ordinario, y a pesar de mi edad, de que no había trabajado en mi especialidad en más de cuatro años y de que la posibilidad de que me contratasen era de una entre tres mil millones, Nicole y yo recuperamos la esperanza en el mismo instante. Como si los meses y los años pasados no nos hubieran enseñado nada. Como si fuésemos un par de optimistas incurables.

Nicole se me acercó y me dio uno de esos besos húmedos que me vuelven loco. Es valiente. No hay nada más difícil que vivir con un depresivo. Aparte de ser depresivo uno mismo, claro.

—¿Se sabe para quién están buscando el puesto? —preguntó Nicole.

Toqué la pantalla y apareció la página de BLC-Consulting. Las siglas se refieren a su fundador, Bertrand Lacoste. De muy buena familia. De esos consultores que facturan tres mil quinientos euros al día. Cuando entré en Bercaud, con todo el futuro por delante (e incluso años más tarde, cuando me inscribí en un curso del CNAM[1] para obtener un título de coaching), mi ambición era convertirme en un consultor de alto nivel, en un tipo como Bertrand Lacoste: eficaz, siempre por delante de su interlocutor, ofreciendo análisis fulgurantes y baterías de soluciones de gestión para todas las situaciones. No acabé el CNAM porque las niñas llegaron en ese momento. Es la versión oficial, la de Nicole. En realidad no tenía suficiente talento para ello. En el fondo tengo mentalidad de asalariado.

Soy el prototipo de mando intermedio.

—En el anuncio no queda claro —respondí a Nicole—. Hablan de una empresa «líder industrial de dimensión internacional». Siendo así..., se supone que el puesto estará en París.

Nicole vio desfilar las páginas web sobre la normativa laboral y las nuevas leyes de formación continua que yo había estado ojeando por la tarde. Sonrió. Mi despacho estaba cubierto de pósts, de notas, había pegado hojas sueltas en el borde de los estantes de la librería. Pareció reparar en ese momento en que yo había trabajado todo el día sin descanso. Sin embargo, es de esas mujeres que perciben de inmediato el menor detalle de la vida cotidiana. Si cambio de sitio un objeto, se da cuenta en cuanto entra en la habitación. La única vez que le fui infiel, hace ya mucho tiempo (las niñas todavía eran pequeñas), lo adivinó esa misma noche. Y eso que yo había tomado todas las precauciones. No dijo nada. La velada fue incómoda, y cuando nos fuimos a dormir se limitó a decirme con tono cansado:

—Alain, no vamos a empezar con eso, ¿no?

Y después se acurrucó contra mí en la cama. No volvimos a decir una palabra sobre el tema.

—No tengo ni una oportunidad entre mil.

Nicole dejó la carta de BLC-Consulting sobre mi mesa.

—Eso no lo sabes —dijo quitándose el abrigo.

—A mi edad...

Se volvió hacia mí.

—¿Cuántas candidaturas calculas que han recibido?

—En mi opinión, unas trescientas.

—¿Y cuántos crees que habéis sido convocados para la prueba?

—Digamos... unos quince.

—Entonces, explícame por qué han elegido tu candidatura entre más de trescientos. ¿Crees que no han visto tu edad? ¿Crees que no se han dado cuenta?

Claro que no. Nicole tenía razón. Me había pasado la mitad de la tarde dando vueltas a todas las hipótesis. Todas convergían en esa realidad imposible: mi currículum apesta a cincuentón a cien metros, y si me llaman es porque hay algo en él que les interesa.

Nicole es muy paciente. Mientras pela cebollas y patatas, escucha cómo detallo todas las razones técnicas que tienen para seleccionarme. Nicole advierte en mi voz la euforia que intento dominar, pero que me desborda. Llevaba más de dos años sin recibir una carta como esa. En el peor de los casos, no me responderán, y en el mejor me responderán que me vaya al infierno. Ya nadie me llama, porque un tipo como yo no interesa a nadie. Así que he elucubrado todo tipo de hipótesis sobre la respuesta de BLC-Consulting. Tengo la impresión de haber encontrado la correcta.

—Creo que es por la subvención.

—¿Qué subvención? —preguntó Nicole.

El plan de rescate de séniors. Parece ser (si el gobierno me hubiese preguntado habría podido ahorrarles estudios seguramente muy caros) que los séniors ya no trabajan hasta tan tarde. Con ello se refieren, evidentemente, a los que todavía trabajan. Parece ser que salen del mercado laboral cuando el país todavía los necesita. Terrible, pero hay algo peor. También están los séniors que quieren trabajar pero que no encuentran empleo. Entre los que no trabajan suficiente y los que no trabajan en absoluto, los séniors plantean un grave problema a la sociedad. Así que el gobierno va a ayudar a toda esa gente. Darán dinero a las empresas que acepten a vejestorios.

—No les interesa mi experiencia, sino pagar menos impuestos y obtener subvenciones.

A veces, Nicole hace un gesto con la boca para expresar su escepticismo, adelantando un poco el mentón. También me gusta mucho que haga eso.

—Yo creo —responde— que a esas empresas no les hace falta dinero y que las subvenciones del gobierno no son más que calderilla para ellos.

La segunda parte de la tarde la he dedicado a aclarar toda esa historia de las subvenciones. Y Nicole, una vez más, tiene razón, ese argumento no se sostiene: la desgravación solo dura unos meses, el incentivo no cubre más que una pequeña parte del sueldo de un directivo de ese nivel. Y, además, es decreciente.

No, en unos minutos Nicole llega a la misma conclusión que yo: si BLC me convoca es porque mi experiencia les interesa.

Hace cuatro años que me desvivo por explicar a los empleadores que un hombre de mi edad es tan activo como uno joven y que mi experiencia es sinónimo de ahorro. Pero es un argumento periodístico, que vale para los suplementos de empleo de los periódicos; los empleadores se ríen de eso. Y ahora tengo la impresión de que por primera vez alguien ha leído realmente mi carta y ha estudiado mi candidatura. Cuando pienso en eso, siento que me voy a comer el mundo.

Me gustaría que la entrevista fuese ya, ahora mismo, tengo ganas de gritar.

Pero me las aguanto.

—No se lo digamos a las chicas, ¿vale?

Nicole también piensa que es lo mejor. A las chicas les duele ver a su padre haciendo trabajos. No dicen nada, pero sé que es más fuerte que ellas: la imagen que tenían de mí se ha deteriorado. No por culpa del paro, no, por culpa de los efectos que el paro ejerce sobre mí. He envejecido, he encogido, estoy lleno de tristeza. Me he vuelto inaguantable. Y eso que ellas no saben nada de mi trabajo en Mensajerías Farmacéuticas. Darles la esperanza de que voy a encontrar trabajo para anunciarles después que he fracasado es un espectáculo para el que no me quedan fuerzas.

Nicole se abraza a mí. Apoya delicadamente el dedo índice en el chichón de mi frente.

—¿Me lo cuentas?

Pongo todo de mi parte para darle a la anécdota un tono distendido. Estoy casi seguro de que soy muy gracioso, pero a Nicole la idea de que Mehmet me haya dado una patada en el culo no le hace ninguna gracia.

—¡Ese turco de mierda está mal de la cabeza!

—Esa no es una reacción muy europea.

Tampoco esa broma es tan eficaz como esperaba.

Nicole me acaricia la mejilla con aire pensativo. Noto en su cara que siente pena por mí. Intento tomármelo con filosofía. Sin embargo, a mí también me pesa y comprendo, con solo sentir el contacto de su mano, que hemos entrado en una situación emocional delicada.

Nicole me mira la frente y dice:

—¿Piensas que todo esto va a quedar así?

Decidido, la próxima vez me caso con una imbécil.

Pero Nicole posa sus labios sobre los míos.

—Da igual —dice—. Estoy segura de que ese puesto es para ti. Completamente segura.

Cierro los ojos y rezo para que esas historias de mi colega Charles sobre la esperanza y Lucifer sean solo ideas de un gilipollas siniestro.

4.

La convocatoria de BLC-Consulting ha caído sobre mí como una verdadera bomba. Ya no duermo, paso de la euforia al pesimismo. Haga lo que haga, mi mente vuelve a ella continuamente y construye todo tipo de escenarios. Es agotador.

El viernes, Nicole pasó una buena parte de la jornada consultando la web de su centro de documentación e imprimió para mí decenas de páginas con información jurídica. En los últimos cuatro años me he perdido bastantes cosas. La legislación ha evolucionado mucho en mi sector, sobre todo en lo referente a los despidos, que se han flexibilizado bastante. Y en cuanto al management, hay muchas cosas nuevas. Las modas cambian endiabladamente rápido. Hace cinco años reinaba el análisis transaccional, ahora suena antediluviano. Hoy en día lo que prima es la «dirección de transición», la «reactividad sectorial», la «identidad corporativa», el desarrollo de «redes interpersonales», el «benchmarking», el «social networking»... Se habla mucho de los «valores» de la empresa. Ya no basta con trabajar, hay que «comprometerse». Antes había que estar de acuerdo con la empresa, ahora hay que fusionarse con ella. Ser uno con ella. Me empapo de todo lo más rápido que puedo.

Nicole ha seleccionado y clasificado los documentos, yo he hecho las fichas y lleva toda la mañana haciéndome preguntas. Nos lo estamos empollando. No hago más que dar vueltas en mi despacho intentando concentrarme. A fuerza de inventar métodos mnemotécnicos, acabo por confundirlos todos.

Nicole prepara té y se tumba en el sofá rodeada de fichas. Se ha quedado en bata. A veces lo hace, sobre todo en invierno, cuando no ha hecho planes para la jornada. Con su camiseta pasada de moda y sus viejos calcetines de montaña desperejados, Nicole huele a sueño y a té, caliente como un cruasán y hermosa como la luz del día. Me encanta su abandono. Si no estuviese tan tenso por culpa de toda esta historia, le saltaría encima. Vistos mis resultados actuales en materia sexual, prefiero abstenerme.

—No te lo toques —dice Nicole al verme palpar mi hematoma.

No pienso demasiado en ese chichón, pero aparece cruelmente ante mí cada vez que me topo con un espejo. Esta mañana tiene un color desagradable. Malva en el centro y amarillo por los bordes. Esperaba que me aportase virilidad, pero me da un aspecto más bien sucio. El médico de urgencias me dijo que tenía para ocho días. Mehmet tiene la nariz rota, diez días de baja.

He llamado por teléfono a mi compañero Romain. Se ha puesto Charles. Los equipos de día y de noche se han modificado con rapidez para cubrir nuestras ausencias.

—Esto ha trastocado toda la planificación —me explica Charles—. Romain hace el turno de noche, yo pasaré al de tarde durante dos o tres días.

Un supervisor hace horas extraordinarias para sustituir a Mehmet, que ya ha comunicado a la empresa que espera volver a trabajar lo antes posible. Mira tú, uno que no necesita seminarios de gestión para adherirse a los valores. El encargado que le sustituye temporalmente le ha explicado a Charles que la dirección no puede tolerar peleas en el lugar de trabajo. Parece ser que el tipo dijo: «Adónde vamos a parar si los jefes de equipo acaban en el hospital cuando reprenden a un subordinado». No sé exactamente qué ha querido decir, pero no tiene buena pinta. No se lo cuento a Nicole

para que no se preocupe: si tengo la suerte de obtener el trabajo que ofrece BLC, me voy a reír a carcajadas de toda la mierda que venga.

—Mañana te pondré base de maquillaje —bromea Nicole mirando mi frente—. ¡No, en serio! Solo un poco, ya verás.

Ya veremos. Pienso que mañana me harán la prueba de aptitud y no la entrevista. Para entonces el hematoma casi habrá desaparecido. Si la paso, por supuesto.

—Pues claro que la vas a pasar —asegura Nicole.

La verdadera fe desorienta.

Intento disimular, pero mi excitación es total. No es la misma excitación de ayer o antes de ayer: a medida que se acerca la hora de la prueba me va invadiendo el pánico. El viernes, cuando empezamos a repasar, no tenía ni idea del retraso que llevaba acumulado. Cuando me di cuenta, me entró pavor. Y, de pronto, la llegada de las chicas, que me había contrariado porque me obligaba a perder tiempo de preparación, no me pareció tan mala distracción.

En cuanto entró, Gregory señaló mi frente diciendo:

—Pero bueno, abuelete, ¿te fallan las piernas?

«Abuelete» es una broma suya. Generalmente, en esos casos, Mathilde, mi hija mayor, le da un codazo en el costado, porque piensa que soy susceptible. En mi opinión haría mejor partiéndole directamente la cara. Digo esto porque lleva cuatro años casada con él y hace cuatro años que siento ganas de hacerlo en su lugar. De todas formas, un tipo que se llama Gregory... Además, lleva el pelo peinado hacia atrás, algo bastante significativo. Si a mi hija no le molesta copular con un charlatán, a mí, lo siento, me disgusta. Nicole tiene razón, me he vuelto susceptible. Dice que es culpa de la inactividad. Me agrada esa palabra, aunque no sea lo primero que me viene a la mente cuando me levanto a las cuatro de la mañana para ir a que me pateen el culo.

Mathilde es profesora de inglés, es una chica muy normal. Mantiene una pasión inexplicable por la vida cotidiana. Le entusiasma hacer la compra, imaginar qué va a hacer de comer, pensar con ocho meses de antelación en encontrar un lugar para pasar las vacaciones, recordar el nombre de todos los hijos de sus amigas, los cumpleaños de todo el mundo, planificar sus embarazos. Me asombra su facilidad para rellenar su vida. La exaltación que le procura la gestión de lo banal tiene algo de verdaderamente fascinante.

(...)